

VIEJOS CRIMENES DE VIEJOS TIEMPOS

Por MANUEL TERCERO

DECIR que en España ya no se cometen crímenes sería incurrir en doble pecado de embuste y tontería. Pero sí cabe afirmar, sin temor a caer en excesivo optimismo, que durante los últimos años el índice de criminalidad ha descendido notablemente en nuestro país. El progreso moral no es, sin duda, tan rápido y evidente como el material; pero tampoco sería licito negar su existencia. Ciertamente que ni los celos, ni la codicia, ni la ambición, ni el rencor, ni la envidia, ni, en fin, otras malas pasiones que han armado desde los tiempos de Caín al hombre contra el hombre, han desaparecido ni llevan trazas de desaparecer de la faz de la tierra. Mas cada vez las formas en que se manifiestan son menos rudas, y sus consecuencias menos trágicas. A ello contribuye, desde luego, la acción tutelar de un Estado fuerte, que impone a todos el respeto a las leyes y que al mismo tiempo evita que el mal se extienda al impedir que se propaguen sus gérmenes.

Hace años, en efecto, no muchos todavía, pero sí los suficientes para que vuestra juventud, gentiles lectoras, no los recuerde; hace años, digo, las planas de los diarios más populares—algunas veces más tristemente populares—solían venir chorreando sangre, como vulgarmente se dice. Más que páginas impresas, parecían muestrarios de humanos despojos. Tal era la minuciosidad y, ¿por qué no decirlo?, morbosa complacencia con que se relataban los crímenes más feroces y truculentos. La Sección de Sucesos solía ser la mejor atendida—con la de toros—del periódico. En cuanto alguien mataba a alguien o se mataba a sí mismo, ya estaba en danza un ejército de reporteros para inquirir las causas y antecedentes—éstos solían formar un largo capítulo—del drama. Nada se callaba ni omitía, por delicado y escabroso que fuese. No se respetaban ni los afectos más puros, ni el honor de las familias, ni su buen nombre ni sus intereses materiales. Todo se sacrificaba a la insaciable y malsana voracidad de un público estragado por esas lecturas patibularias que en ocasiones en cerebros enfermizos o en mal inclinados ánimos producían fatales efectos.

Todo esto acabó felizmente. Hoy, los relatos de este jaez están ausentes de las hojas periódicas y nadie los echa de menos. Nosotros, sin embargo, vamos a evocar hoy aquí alguno de aquellos trágicos acontecimientos que mayor repercusión tuvieron. Sólo que no lo hacemos para procuraros un bajo recreo, de que, por otra parte, lectoras mías, sois incapaces, sino para que veáis cómo el ambiente de nuestra sociedad hace treinta o cuarenta años no podía dar otros frutos que los que con amentable frecuencia solían recogerse. No siempre cualquiera tiempo pasado fue mejor. Si nos atenemos a Madrid, lugar donde localizamos esta breve información retrospectiva, podemos asegurar, contra todas las lamentaciones de quienes añoran lo pretérito con demasiados aspavientos, que lo presente es mucho mejor.

EL CRIMEN BARRIOBAJERO

Asesinato del cabo Mariné

En el año 1899 vivía en la madrileña calle del Salitre (hoy de Baltasar Bache-ro) un capitán retirado, el señor Mariné, persona en quien concurrían las virtudes tradicionales del militar español. Caballero intachable, recto y pundonoroso, no transigía con nada que, siquiera fuese en mínima medida, vulnerase los principios morales que profesaba.

Tenía el señor Mariné un hijo llamado Miguel, mozo de diecisiete años, simpático y expansivo, aunque la rígida educación paterna frenase prudentemente sus juveniles impulsos. En casa frontera a la de esta familia habitaba la de un tal Juan Castellón, compuesta por su mujer, dos hijas (una de ellas casada) y un hijo, llamado Juan, como su padre. Tenían todos por sobrenombre o remoque común el de los Gitanos, por dedicarse el jefe del hogar a la compraventa de caballerías en las ferias de ganados.

Pronto se inició, al parecer, entre Miguel Mariné y Amparo Castellón, la hija soltera de los Gitanos, una inclinación afectiva, que concluyó en noviazgo. El capi-



La hija soltera de los «Gitanos»...

tán retirado amonestó reiteradamente a su hijo y trató de hacerle renunciar a las relaciones que le disgustaban por no placerle tampoco el carácter ni los usos de los Castellones; pero el muchacho, seriamente enamorado, no atendió los consejos paternos ni en su ánimo hicieron mella las reprensiones. Por el contrario, aprovechaba cuantas ocasiones se le deparaban para comunicarse con su novia, y cuando no podía hacerlo de palabra, hacía lo por señas o telegrafos—como entonces se decía—que expedía desde la calle al balcón, y a su vez Amparo correspondía de la misma suerte.

Así las cosas, llegó la noche del 11 de agosto de 1899. Celebrábase la tradicional verbena de San Lorenzo, y en un solar de la calle de la Fe habíase instalado un salón de baile líricamente titulado «La Paloma Azul». Ya estamos en pleno Madrid castizo y barriobajero, en aquel Madrid finisecular que nunca hemos llegado a saber bien si fué modelo o copia de los sainetes de López Silva y don Carlos Armiches. Sobre el piso enarenado, y entre guirnalda, cadenetas de papel picado y farolillos a la veneciana, las parejas bailan con seriedad litúrgica. Alguna pone cátedra de chotis, bailándolo en un pañuelo. Y cuando el organillo o la destemplada murga callan para descanso de músicos y danzantes, muchos de éstos van a refrescarse las faces, resacas por el calor y el polvo, en el ambigú anejo al salón.

Entre los parroquianos se encuentra esta noche el cabo Mariné, que no ha perdonado «agarrar» con Amparito; el hermano de ésta, Juan Castellón, y un amigo de los Gitanos llamado Martín Ramírez, también conocido por el Navarro. Ambos invitan a Miguel, que, no acostumbrado a beber, pronto siente los efectos del vino. ¿Surge entonces una disputa motivada por las relaciones del militar y Amparo Castellón? Acaso. Ello es que Miguel se retira a su casa y a poco vuelve a salir a la calle. «¿Adónde vas a estas horas, muchacho?», le pregunta una vecina que encuentra en la escalera. «¡Pehs! A tomar un poco el fresco.» Pero el lugar a donde se encamina no es el más apropiado para el propósito que indica, ya que se mete en la cuadra, donde el gitano padre suele alojar las caballerías que compra. Nadie ve lo que allí ocurre. Lo cierto es que a la mañana siguiente es hallado junto a la puerta establecido el cadáver del pobre muchacho.

El sangriento suceso produce honda emoción en la barriada, y en seguida, gracias a las amplias informaciones de los periódicos, en Madrid entero. Desde el primer momento se achaca el crimen a Juan, el hermano de Amparo (el padre estaba aquella noche en la feria de «Los Majados», solicitado por su negocio).

Durante la instrucción del sumario, y en la vista de la causa, se puso en claro que Mariné y su futuro cuñado habían quedado citados en la cuadra, acaso para refre-